



LAS LUCHAS EN EL RÍO MANUBLES A SU PASO POR ATECA

FRANCISCO MARTÍNEZ GARCÍA

Resumen

Las luchas que tenían lugar en Ateca durante el segundo día de Pascua de Navidad y en la festividad de san Sebastián, con los combatientes introducidos en las gélidas aguas del río Manubles y que desaparecieron a finales del siglo XIX, eran conocidas porque fueron descritas por Pascual Madoz en su *Diccionario-geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, publicado en Madrid, en dieciséis volúmenes, entre los años 1845 y 1850.

Ahora con el aporte de dos artículos periodísticos, uno firmado por *Juanillo el Aragonés* en el año 1830 y otro por José Lostal de Tena en 1869, se completa la descripción de una fiesta de reminiscencias arcaicas que nos traslada a escenarios de otras épocas donde la fuerza, la destreza y la habilidad resultaban indispensables para la supervivencia.

Palabras Clave: Luchas, Ateca, río Manubles, Pascual Madoz, *Juanillo el Aragonés*, José Lostal de Tena, fuerza, destreza y habilidad.

Abstract

The fights that took place in Ateca on the second day after Christmas day and the feast of San Sebastián with the fighters got into the ice waters of Manubles river. These fights disappeared at the end of the 19th century, they were known because they had been described by Pascual Madoz in his *Diccionario-geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, published in Madrid, in sixteen volumes, between the years 1845 and 1850.

Now with the contribution of two journalistic articles, one signed by *Juanillo el Aragonés* in 1830 and the other by José Lostal de Tena in 1869, the description of this archaic reminiscences feast is completed. It reminds us of scenes from other times where strength, dexterity and ability were essential for survival.

Keywords: Fights, Ateca, Manubles river, Pascual Madoz, *Juanillo el Aragonés*, José Lostal de Tena, strength, dexterity and ability.

Hasta finales del siglo XIX era costumbre que en Ateca se llevase a cabo una lucha dentro del río Manubles, en numerosas ocasiones helado, en el que se introducían los mozos cubriendo su cuerpo sólo con un calzón y una camisa.¹

El evento tenía lugar en el segundo día de Pascua de Navidad o en la víspera de san Sebastián y se involucraba tanto el pueblo en la pelea que a veces tomaban parte en ella hasta las mujeres de los contendientes.

En los días citados, un gran número de personas de Ateca presenciaba una tradición conservada entre sus congéneres desde tiempo inmemorial y *acaso desde el de los moros*, al que concurrían también numerosos vecinos de los pueblos de alrededor para no perderse un evento que combinaba destreza, maña, fuerza y fortaleza física así como altas dosis de compañerismo, puesto que tras el combate marchaban todos juntos a celebrarlo a la taberna.

El juego consistía en desconsiderar al frío y a las aguas gélidas de los duros inviernos de aquellas tierras penetrando en el Manubles y desafiar públicamente al que quisiera entrar en el río a luchar, valiéndose únicamente de las manos y de los pies, en un ejercicio similar al desarrollado en las actuales luchas canaria o grecorromana, siendo más que probable que en aquellos años la fuerza física jugara un papel más importante que la destreza para la victoria final tras derribar al rival, así como unas facultades fuera de lo normal para no morir de pulmonía al día siguiente.

Al vencido le vengaba un pariente, vecino o amigo y la mujer del ganador retaba a la del perdedor, terminando todo en una fiesta con vino, dulces y la participación de todos los asistentes.²

Acerca de lo descrito, un reportero que firmaba su artículo en un ejemplar de *El Correo*³ del año 1830 como *Juanillo el Argonés*, puso de manifiesto lo ya comentado sobre las luchas que se repetían todos los años en Ateca,

1. MADOZ, Pascual, *Diccionario-geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845-1850, 16 vols. Vol. III, p. 92, de la edición madrileña de 1847.
2. MARTÍNEZ GARCÍA, Francisco (2011), *Ateca entre 1800 y 1975*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 50 y 51.
3. *El Correo* de 1 de noviembre de 1830, pp. 3 y 4.

entre algazara y fiesta, por haberlas presenciado él mismo un 26 de diciembre, quizá del año 1829.

En referencia a las mismas, el cronista cuenta lo que vio, pues se encontraba en el municipio de Ateca durante el segundo día de Pascua de Navidad para presenciar los combates. En la anterior noche del veinticinco de diciembre había soplado un cierzo helador y el día de la fiesta amanecía con un cielo encapotado y triste, con la tierra cubierta de escarcha y las orillas de los ríos Jalón y Manubles, que bañaban el pueblo, defendidas por planchas cortantes de hielo y amenazando con nieves copiosas. O lo que es lo mismo, un frío espantoso.

En ese escenario, a las nueve de la mañana se presentó en la plaza Real,⁴ a orillas del Manubles, un hombre de mediana edad que, en tono amenazador, gritó:

—¡Pues qué!, ¿ya no hay luchadores en Ateca? A la lucha mozos. Salid, cobardes.

Aquella voz se difundió con la mayor celeridad y corrieron las gentes al río para presenciar la pelea.

El primer luchador tiró la capa y quedaron cubiertas sus carnes con la ropa interior, es decir, una recia camisa de lienzo casero de cáñamo o estopa, más hueca que si fuese de hule; unos calzoncillos de lienzo tintados de pajizo, medias o calcillas de estribera⁵ como decían en Ateca, y alpargatas.

A continuación el luchador se metió al río con el agua casi helada llegando hasta las pantorrillas y, a imitación suya y con similar vestimenta, fueron entrando seis casados de un lado y seis solteros de otro.

Todos mojaron las puntas de los dedos en el agua, se signaron y cada uno se asió a su pareja con la frente unida a la de su contrario, las manos por encima de los hombros y las del otro en igual disposición, asiendo la camisa por la espalda. En esta postura, cada pareja forcejeaba en medio del cauce para derribar a su enemigo, como así ocurrió con tres de ellos que cayeron al instante revolcándose en el río, de modo que puesto uno en pie inclinó el cuerpo y salió por la pechera un gran caudal de agua, dando todos por sabido que el que caía pagaba el vino.

4. Actualmente plaza de España. En 1869, plaza Mayor, después de la Constitución.

5. Especie de medias de hilo, lana, algodón o estambre que no tienen pie y sí una trabilla que llaman estribera. Se usan en Aragón, Valencia y Cataluña. Ver Diccionario nacional ó Gran diccionario clásico de la lengua española de Ramón Joaquín Domínguez, Madrid, 1846, Tomo I.

Acabada la lucha salieron del cauce los combatientes y sin quitarse la empapada vestimenta se embozaron en sus capas y fueron a celebrar la función a la taberna, sin que ningún luchador padeciese alteración alguna en su salud después de una lucha a brazo partido en el crudo mes de diciembre, en medio del río y sin mudarse de ropa, ni otro reparo que el trago por el que se peleaban.

Estas luchas fueron contempladas por D. José de Palafox⁶ cuando estuvo de Cuartel General en Cataluña, subiendo a Ateca con algunos oficiales a presenciar el arrojo de sus vecinos⁷ a instancias del Brigadier Barón de Erruz.⁸

Inciendiando en el mismo tema, José Lostal de Tena⁹ escribió un magnífico artículo en el apartado de “Costumbres aragonesas” denominado “La Lucha” que publicó en *La Moda Elegante Ilustrada. El Periódico de las Familias*, en el año 1869¹⁰.

Lostal, que ya adelantaba que estas luchas no tenían lugar en ningún otro municipio de la provincia, describe los combates que él mismo pudo

6. José de Palafox fue un militar español de tendencia política liberal que por su destacada participación como Capitán General en los Sitios de la capital aragonesa durante la guerra de la Independencia recibió el título nobiliario de duque de Zaragoza.
7. *El Correo* de 1 de noviembre de 1830, pp. 3 y 4.
8. Ignacio Erruz y Barta nació en Ateca en 1770 y fue el primer barón de la Torre Erruz desde el 19 de junio de 1797. Al estallar la guerra de la Independencia se unió al Barón de Warsage en Calatayud participando al final del segundo sitio de Zaragoza. Ascendido a Coronel de Infantería de manos de Palafox, éste le confió el mando de la línea entre la *Puerta Quemada* y el *Jardín Botánico* de Zaragoza, y por su conducta obtuvo el ascenso a brigadier.
El 6 de mayo de 1815 fue destinado al Ejército de Observación de Aragón donde permaneció hasta la disolución del mismo. Falleció repentinamente en Ateca el 6 de septiembre de 1820. Ver BLASCO SÁNCHEZ, Jesús; *Los barones de la Torre Erruz*, 20 de agosto de 2014, en <https://historiadeateca.wordpress.com/2014/08/20/los-barones-de-la-torre-de-erruz/> [Fecha de consulta: 5 de abril de 2020]
La amistad entre Palafox y Erruz se debió cimentar durante la participación de ambos en la guerra de la Independencia contra los franceses y si Erruz murió en 1820, es evidente que la visita de Palafox y otros oficiales a Ateca se debió llevar a cabo entre el fin de la guerra en 1814 y el invierno de 1819-1820, puesto que en septiembre de 1820 falleció el Brigadier.
9. José Lostal de Tena publicó en el año 1858 una obra titulada *Zaragoza histórica y descriptiva*, publicada en la imprenta de Cristóbal Juste y Olona, sita en la calle de la Virgen n° 89 de la capital aragonesa.
A finales de los noventa del siglo XIX fue el director de un periódico quincenal de agricultura, industria y comercio que con el título de *El centro enológico* vio la luz en Barcelona. Esta publicación fue de gran utilidad para todas las clases sociales y en especial para los agricultores, vinicultores, bodegueros, fabricantes, destiladores, cafés, establecimientos, artes y oficios (*Diario de Burgos* de 6 de agosto de 1892).
10. *La Moda Elegante Ilustrada. El Periódico de las Familias* de 14 de noviembre de 1869, p. 6.

presenciar el día de san Sebastián (20 de enero) en Ateca del año 1868 probablemente, fiesta muy celebrada en la localidad según el parecer del autor, teniendo como escenario habitual las heladas orillas del Manubles, riachuelo de poca importancia, según descripción del escritor, que lamía los muros de una plaza Mayor desierta de edificios en esa parte.

Nos dice Lostal que antes de comenzar los combates, ancianos, jóvenes, mujeres y niños corrían hasta el lugar indicado, reuniéndose previamente en la plaza Mayor y carretera de Madrid a Zaragoza para presenciar un espectáculo que consideraban de gran importancia.

En el improvisado palenque helado se creaban corrillos de gente según su estado civil: solteros con solteros, casados con casados y viudos con viudos. A continuación se retaban a la lucha, se combinaban y aceptaban duelos como si trataran de restañar el honor ultrajado de alguna de las partes.

Ubicados en la orilla del río los luchadores se quedaban en camisa y calzoncillos, pisaban el agua a pesar de la baja temperatura y, desabriganos, esperaban mostrando limpieza y blancura en su ropa interior.

Antes de comenzar los combates apareció un hombre a lomos de un jumento que llevaba a la grupa un pellejo de buen vino tinto y una bandera sobre el brazo y, paseándose por dentro del río, anunciaba la hora de las peleas mientras gritaba:

—¡A la lucha! ¡A la lucha!

A partir de ahí varias parejas se enzarzaron en una disputa encarnizada para intentar derribar a su rival y tirarlo al agua.

Entre gritos, aplausos y carcajadas las parejas iban finalizando sus combates y el que llevaba el vino soltaba la boca del pellejo, recompensando a vencedor y vencido.

Entre momentos de pasión y otros de menor intensidad, los esforzados púgiles veían pasar las horas, pues eran numerosos los que se introducían en el Manubles para luchar hasta que, llegada la noche, se ponía fin a la fiesta entre disculpas de los perdedores que siempre encontraban alguna excusa para justificar su falta de condición física o pericia y las bravuconadas de los vencedores, que alardeaban de destreza, fuerza y valor.

Acabada la fiesta, la animación continuaba por la noche en las bodegas donde numerosos grupos de combatientes daban cuenta de algún animal asado mientras comentaban lo acontecido en la jornada.

Como se ha podido comprobar en el artículo referenciado que firma *Juanillo el Aragonés*, a estas confrontaciones celebradas en Ateca no era in-

usual que acudiesen personas de la alta sociedad venidas desde fuera de la villa, invitadas por algún prócer local para presenciar la singularidad de las luchas en los gélidos meses de diciembre o enero, en las que hombres y mujeres peleaban con el agua cubriéndoles las pantorrillas y llegándoles, a veces, hasta la cintura, las cuales se dejaron de poner en práctica entre los años 1885 y 1890 cuando la familia Corsini, residente en Madrid aunque de procedencia atecana, convidó a la fiesta a un senador por la provincia de Zaragoza.

Al parecer Corsini pidió a los jóvenes que lucharan para que pudiesen ver el espectáculo sus invitados, pues él correría con el gasto del vino. El asunto de costear la bebida planteado por una persona de clase adinerada sonó a prepotencia y no sentó bien entre el pueblo combatiente que se sintió herido en su orgullo.

El conflicto acarreó un plante entre los participantes y la suspensión de las luchas, motivo por el cual, el ofendido alcalde suprimió una tradición que ya no se volvió a recuperar.¹¹

11. MARTÍNEZ GARCÍA, Francisco, *Ateca entre 1800 y 1975*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2011, pp. 50 y 51.

